

In memoriam
FIDEL ARGUDO SÁNCHEZ

El pasado uno de marzo falleció tras larga enfermedad Fidel Argudo Sánchez. Nacido en Algarra (Cuenca) el veintiséis de enero de mil novecientos cuarenta y cuatro, tras licenciarse en Salamanca se incorporó en mil novecientos sesenta y seis a nuestra Facultad de Filosofía y Letras, donde fue uno de los pioneros en la introducción de la especialidad de Filología Clásica. Desde esa fecha impartió docencia como profesor no numerario en el Departamento de Filología Latina hasta mil novecientos setenta y cinco, año en que accedió por oposición libre al cuerpo de catedráticos de latín de Institutos de Enseñanza Media. Como tal ejerció hasta su jubilación la enseñanza en diversos centros de Almería, Tánger y Granada (Cogollos Vega, La Chana, Churriana de la Vega) .

Latinista de primera fila, desarrolló su vocación y profesión, como otras muchas cosas en su vida, un tanto al margen de los cauces habituales. Infatigable en su trabajo, abordó cuantos estudios se propuso con una minuciosidad y rigor ajenos a toda convencionalidad, hasta el extremo en ocasiones de no acertar a ponerles el límite prudencial.

Entregado sin reservas a la preparación de sus clases y preocupado siempre por la eficacia metodológica, llevó a cabo, por ejemplo, interesantes trabajos –en su mayoría inéditos– sobre vocabulario básico; en esa línea, y aún más ambiciosos e innovadores, fueron los realizados con vistas a definir objetivamente una morfosintaxis básica que agilizara y rentabilizara la enseñanza del latín en sus primeras etapas.

Ya a otro nivel, entre sus muchos trabajos como estudioso incansable de la lengua y la literatura latinas destacan los realizados con vistas a la redacción de la que iba a ser su tesis doctoral sobre las técnicas de propaganda en los escritos de Julio César. Conocedor profundo de esa época crucial en la Roma antigua, frecuentó asimismo con familiaridad la obra de Cicerón, que llegó a convertirse en otra de sus especialidades; su conocimiento, por ejemplo, de la epistolografía del Arpinate siempre me resultó admirable. Y otro tanto puedo decir sobre sus estudios en el campo del latín cristiano, entre los que, como muestra, cabe recordar los relativos a la obra de Juan Casiano.

Su extraordinario dominio de las dos lenguas, latina y española, lo habilitó como traductor ejemplar, tarea a la que dedicó largas horas en los últimos años y en la que dio muestras de su gran generosidad con amigos, colegas y maestros; baste mencionar sus revisiones y actualizaciones de anteriores libros del Prof. J. Guillén: Cicerón, *La amistad*, Madrid, 2002; Marcial, *Epigramas*, Zaragoza, 2004. Yo mismo he de reconocer la deuda que tienen con él muchos de mis trabajos, como el que publiqué hace unos años sobre el *Gaudeamus igitur* o el dedicado a los poemas

líricos de Horacio. Recientemente tradujo también del italiano (Ed. Sígueme, Salamanca, 2008) la novela de E. Conti *Catone l'Antico*, Milano, 2005.

Mas, si extravagante y extremo fue en su vocacional profesión de latinista, no lo fue menos en tantas otras facetas de su rica y versátil persona. Hijo de pastores, no olvidó nunca sus experiencias tempranas en el campo, entre el ganado, con las abejas. Amante apasionado de la naturaleza, fue excursionista infatigable y experto conocedor de Sierra Nevada y de sus gentes. Pescador avezado, recorrió palmo a palmo los ríos trucheros de todos estos contornos.

Con pericia similar lo vi yo ejercer de agricultor en su finca de la Vega (*non ingratus ager*: Mart. X 47), donde no le fueron ajenas las habilidades de aparejador, ferrallista y albañil para diseñar y construir un secadero de tabaco. Tampoco había desconocido años antes las de fino ebanista, cuando amuebló el salón de su casa o las habitaciones de sus hijos. Yo lo vi asimismo jugar a la bolsa como un consumado bróker (*prudens simplicitas*: *ibid.*). Experto informático, equipado con los más sofisticados artilugios, puso generosamente a disposición de los amigos todos los recursos que iba descubriendo y los logros que iba alcanzando.

En cualquiera de estos campos fue mucho más allá que el común de los simples aficionados; todo en él, como digo, era extremado, lejos, muy lejos de la mediocridad.

A la medida de sus extraordinarias dotes intelectuales y físicas (*mens quieta; vires ingenuae, salubre corpus*: *ibid.*), fueron sus capacidades afectivas: hombre hogareño (*focus perennis*: *ibid.*), fue confeso admirador de su esposa, austero amante de sus hijos y complaciente abuelo de sus nietos. Amigo de amplios horizontes (*convictus facilis, pares amici*: *ibid.*), sus lazos con pastores y agricultores de la Sierra o con regantes de la Vega fueron tantos y tan fuertes como los que siempre mantuvo con los colegas de la profesión. Amigo de la buena mesa (*sine arte mensa*: *ibid.*), no escatimó ocasiones para disfrutar del simposio y la convivencia.

Semejante riqueza vital, unida a sus profundas convicciones religiosas, es lo único que explica su asombrosa fortaleza ante la enfermedad y la muerte (*summum nec timeas diem nec optes*: *ibid.*), a las que supo hacer frente con un vigor y lucidez tan perturbadores como reconfortantes para cuantos lo rodeamos en sus últimos días y horas.

Descanse en paz.

Jesús LUQUE MORENO
Universidad de Granada